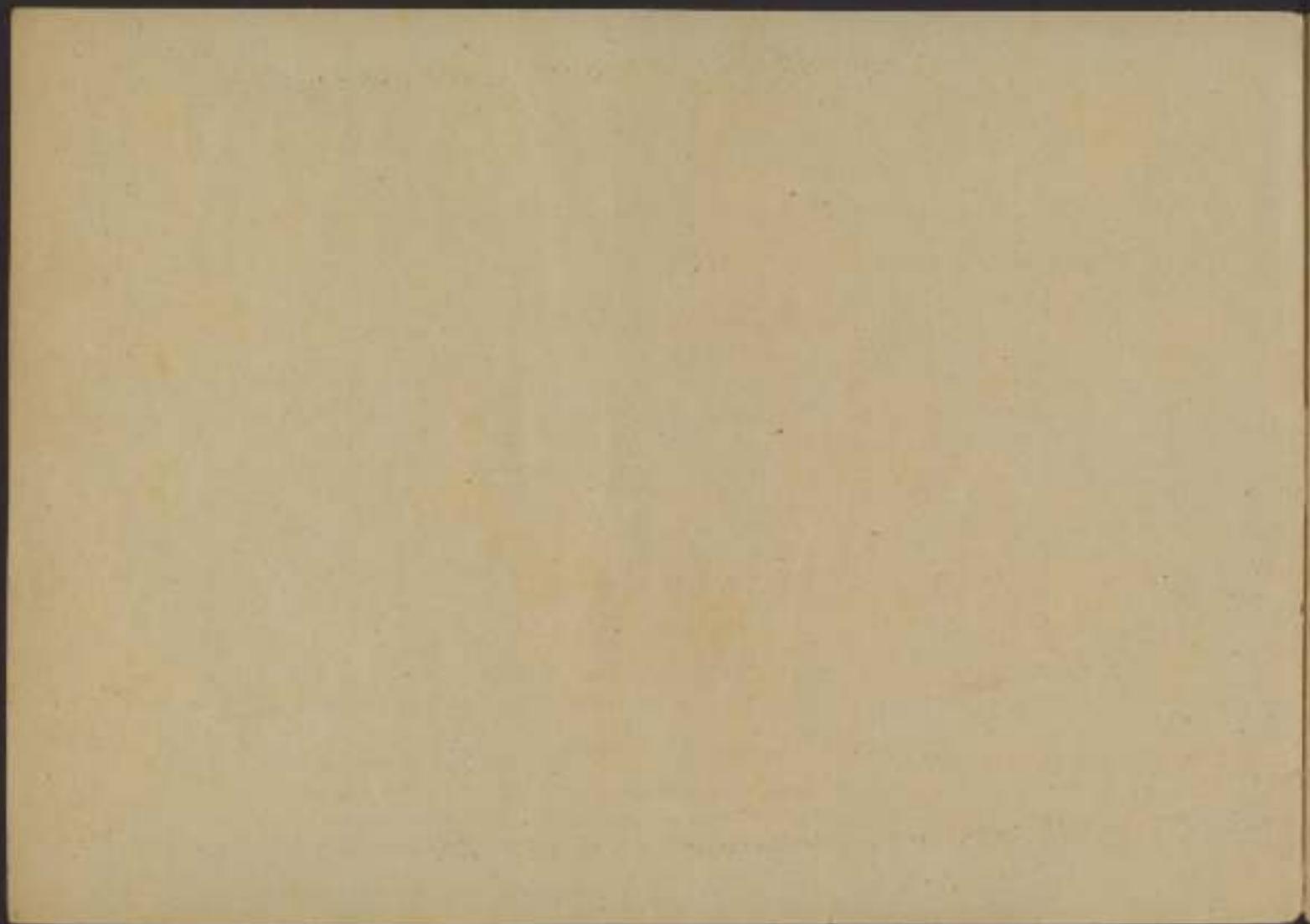


*Eyrone Pover
Gene Tierney
George Sanders
Francis Farmer
Roddy MacDonnell*

MI HIJO de
LA FURIA





El hijo de la furia

Magnífica y emocionante producción, según la novela de «Benjamín Blake»,
de Edison Marshall

Adaptación de PHILIP DUNNE

Dirección
JOHN CROMWELL

Producida por
DARRYL F. ZANUCK

Es un film



LA MARCA DE LOS LEOPARDO TORRES

Principales intérpretes: TYRONE POWER — GENE TIERNEY — George Sanders — Frances
Farmer — Roddy Mac Dowall, etc.

EDICIONES BISTAGNE — Pasaje de la Paz, 10 bis — BARCELONA

El hijo de la furia

SINTESIS DEL ARGUMENTO

Este es el verídico relato de la vida de Benjamín Blake, víctima de los prejuicios y prerrogativas de una clase social...

Sir Arthur Blake, barón de Breeholm, era conocido en todo Bristol como un admirable deportista, y toda la aristocracia le admiraba. Cierta día, tras de un victorioso combate de boxeo, un criado suyo, encargado de sus caballerizas, penetró en el Club, anunciando que había encontrado la causa de sus desvelos en casa del armero Amos Kilder.

Este Amos Kilder tenía recogido a su nietecillo Ben, hijo de Godfrey, hermano de sir Arthur, y de una hija suya, y era el único obstáculo para que el barón pudiera entrar en plena posesión de los dominios que detentaba injustamente.

Y así, pues, no es de extrañar que, aquel día, cuando el chiquillo interrogaba a su abuelo sobre la causa de que descubriera el apellido de sus padres, el propio sir Arthur se presentase en la humilde armería y, fingiendo haber sido nombrado tutor legal de Ben, para lo cual se valió de la ignorancia del anciano, arrancó al niño de su lado, riéndose del fuerte carácter de éste y del amor que le unía al armero.

Pero pronto el aristócrata descubrió sus designios, atrozizando a su propia esposa. La suerte futura del niño le

tenía sin cuidado, puesto que lo único que le importaba era la herencia. Le envió a la cuadra dejándole en poder de un muchachote recio y malencarado, bajo cuya dirección serviría de mozo.

Añ que Ben estuvo en la cuadra se rebeló contra los malos tratos de Paddy y, dando muestras del carácter que en adelante le había de distinguir, le atacó a su vez. El resultado no se hizo esperar. Paddy era más fuerte y propinó una terrible paliza a Ben, sin que por eso consiguiera dominar su indomable energía moral. Únicamente, gracias a la intervención del encargado, salió con vida del incidente.

Aquella misma noche, aprovechando la oscuridad, regresó a la armería de su abuelo. El anciano se horrorizó, pues sabía que la ley defendía en todo a sir Arthur, dándole derecho de vida y muerte sobre sus siervos. Asustado por la suerte de Ben, le propuso huir, pero el chiquillo, conocedor ya de su origen, determinó regresar a Breeholm y permanecer allí hasta recobrar todo lo suyo y obtener cumplida venganza.

* * *

Pasaron los años, durante los cuales soportó Ben un trato cruel, y llegó el día en que se encontró convertido en un hombre que no temía nada. Como si esto no bastara, decidió afrontar la muerte, atreviéndose a lo que estaba más prohibido.

bido para él, pues Isabel, la hija de sir Arthur, en ocasión de una cacería, fué a indagar la causa de su tardanza en llevar una yegua a los jinetas, y atraída por su equívoco y varonil apostura, le excitó hasta que el muchacho le declaró su amor, en el que era correspondido.

Pero poco más tarde recibía en público, debida a la torpeza de un aristócrata, al que ayudó a subir a caballo y se cayó torpemente, un latigazo de sir Arthur, lo que renovó la hoguera de la venganza en su pecho.

La misma noche, el barón agasajaba a sus invitados con un baile. Ben entró en él convenientemente vestido y disfrazado con un antifaz, dándose a conocer únicamente a Isabel. Los dos jóvenes salieron a la terraza y pronto Ben se percató de que Isabel coqueteaba con él. No obstante, le comunicó sus propósitos de marcharse y de no regresar hasta que pudiera ser el amo del dominio.

Pero sir Arthur les sorprendió y, tras de enviar a Isabel con sus invitados, ordenó a Ben que le siguiera a las cuerdas. Allí le hizo encender una luz y mientras se quitaba el fraz, le dijo:

—¿Has pensado alguna vez con los puños, Ben?

Ben aceptó el reto, y se estaba quitando la chaqueta, cuando su tío le atacó traidoramente. La lucha fué breve y dura, con suerte alterna para ambas partes; pero, finalmente, se impusieron la destreza y la fuerza hercúlea de sir Arthur, que, dominado por la rabia de humillar a Ben, cogió un látigo y le acotó innumerables veces, y no se detuvo hasta que los invitados, acudiendo presurosos, le obligaron.

Cuando Ben recobró el sentido, Elena, la esposa del barón, le curaba la espalda herida por los azotes, con el bondadoso rostro cubierto de lágrimas, y le dijo, llena de lástima hacia Ben, a cuyo padre ella recordaba en el fondo de su corazón:

—Brestholm te corresponde por derecho. No tengo pruebas, Ben, pero las tiene que haber. Algún día las encontrarás y... quiero que sepas que deseo ayudarte.

Pocos días después, Ben se puso de acuerdo con un aldeano, amigo de su abuelo, que no sólo le suministró ropas, sino también la información de que el bergantín "Tropic Star" salía de Bristol al día siguiente, con rumbo al Brasil e Islas de las Especies.

—Pero estás muy débil para embarcar.

Ben le levantó como una pluma y le contestó que todo había sido una astucia suya para engañar al barón. Tom, el hombre, le aconsejó prudencia, mencionándole las palabras de su abuelo, de que sólo tenía que huir en un barco cuando su sangre no pudiera aguantar más, puesto que la fuga significaba, en aquel tiempo, firmar la sentencia de muerte.

—¿Quieres escuchar por él?—exclamó Ben—. Mi sangre no puede aguantar más.

Y Tom comprendió a qué se refería.

Por la noche, Ben cruzó con sigilo las galerías de la mansión y se detuvo ante la puerta de su verdugo, a quien deseaba hacer pagar todos los suplicios soportados. Pero Elena le descubrió y, averiguando los motivos que le llevaban allí, le comunicó que el barón tenía una pistola en su mesita de noche continuamente.

Sir Arthur dormía en un sillón. Ben se acercó a la mesita de noche y tenía la mano puesta en el cañón cuando la voz del aristócrata le hizo volverse rápidamente. Tenía en la mano la pistola que buscaba, y se negó a pelear con él, llamando a la servidumbre.

—Unos cuantos años en el Penal de Bristol te enseñarán cuál es tu puesto.

Pidieron permiso para entrar los criados y Ben se movió

como una centella. Arrojó un sillón contra el desalmado, al mismo tiempo que éste disparaba. La habitación quedó a oscuras. Los criados vigilaron la ventana, pero Ben, empleando el ardor de esconderse detrás de la puerta, pronto corría libremente en dirección de la ciudad.

Sir Arthur dió parte a la policía y ésta penetró en casa del armeto, a donde era indudable que el muchacho se encaminaría. El abuelo de Ben, adivinando el peligro en que estaba su nieto, cargó disimuladamente una pistola y la disparó al aire, cuando el fugitivo se acercaba a la casa, poniéndole sobre aviso.

Se reanudó la persecución. Ben entró en una taberna en donde una pobre mujer, apalada por su palidez y, más aun, por su porte de caballero, le escondió en su miserable habitación, desviando las pesquisas de la policía hacia otro lugar.

En cuanto hubo desaparecido la justicia, Ben rogó a la mujer que le informara del emplazamiento del bergantín "Tropic Star" y de la hora de su salida, lo mismo que de la suerte corrida por su abuelo. Horas más tarde, la mujer le despertaba, informándole de los datos solicitados y de que su abuelo había sido detenido. Esto contrariaba sus planes, pues su lealtad le impedía escapar en aquella situación, pero su auxilladora le replicó:

—Le he visto en la cárcel. Me dijo: "Dí a Ben que hará mucho mejor marchando a las Indias y volviendo con su fortuna, que el oro abre todas las puertas; que si se queda aquí no me podrá sacar y a él, en cambio, le colgarán por lo que hizo".

Mal a su pesar, Ben convino en que el anciano tenía razón. Siempre habría tiempo de ayudarle. Quiso dar unas monedas a la buena mujer, pero ésta rehusó aceptarlas,

contentándose con acompañarle hasta la calle, ingenuamente orgullosa de ir del brazo de un caballero.

* * *

Aprovechando las tinieblas del amanecer, Ben se arrojó al agua sin ser visto y se embarcó en el "Tropic Star", en el preciso instante que su cabeza era puesta a precio.

Pero el Destino tenía decidido hacer soportar duras pruebas al impetuoso y caballeresco Ben. Cuando el bergantín estuvo en alta mar fué descubierta su presencia y, entre dos marineros, lo arrastraron ante el capitán. Este preguntó a su segundo si había trabajo para él y al obtener respuesta afirmativa, preguntó al polizón si se había embarcado alguna vez.

—No.

—Entonces, tu primera lección será que siempre has de llamarme "señor".

Y le abofeteó con el revés de la mano. Instantáneamente, el joven quiso arrojarle sobre él, pero el segundo le golpeó con una cabilla, derribándole exánime; luego, unos marineros, le rociaron con un cubo de agua.

La tripulación del "Tropic Star" era dura y eficiente. Ben, incorporado a ella, hizo progresos notables en la navegación y, al tocar las islas Azores, ya llevaba el timón como un experto marinero. No obstante, si no hubiera sido por su esperanza de regresar a Inglaterra y vengarse, le hubiera parecido odiosa.

Pasaron los meses. El bergantín llegó al Brasil y prosiguió su rumbo doblando el Cabo de Hornos, entrando en el Pacífico, la tierra de promisión para todos los aventureros.

Una noche, un marinero delgadísimo y de enfermizo aspecto, llamado Caleb Green, obedeciendo órdenes, se acercó a Ben, que llevaba el timón, y disimuladamente vació un sa-

quito repleto de clavos y tuercas sobre el cuadrante de la brújula. Lo que pretendía era manifiesto, pues el imán de la brújula se desvió atraída por el hierro, cambiando de rumbo insensiblemente. Hecho lo cual, desapareció.

Ben no protestó, incluso soportó en silencio el castigo por haberse desviado del rumbo, pero cuando amaneció y estuvo junto a Caleb, recogiendo una vela, le preguntó los motivos que tenía.

—Bueno, te lo voy a decir. —se decidió Caleb—. ¿Conoces esto?

Le mostró una cicatriz en forma de "D" y a continuación le explicó todo. Había sido condenado a quince años de cárcel por deber diez libras. Ahora bien, hacia Sudoeste había unas islas que guardaban una fortuna en ustras perliíferas. Y deseaba llegar a ellas para no soportar más privaciones; tal era la causa de su conducta. El único inconveniente era que los marineros habían dejado mal recuerdo entre los indígenas, que se levantaron contra ellos. El pensaba desertar al llegar a las islas.

—No hables a nadie de esto si quieres vivir. ¿Has entendido?

—No tengas miedo. No diré nada por una sola razón. Me voy contigo.

—¡Encantado!

Días más tarde, en medio del asombro general, se dibujaron unas montañas en el horizonte. Habíase presentado la ocasión de Caleb y de Ben. El bergantín ancló ante ellas, y de noche, con cautela infinita, los dos se arrojaron al agua y nadaron hacia la playa.

Cuando, por último, arribaron a la costa, había amanecido y estaban exhaustos a causa de la distancia recorrida. Pero el cansancio desapareció al verse rodeados de isleños

con las armas emboladas. Ben quiso defenderse, pero su amigo, con muy buen acuerdo, le contuvo.

Llevados ante el jefe, éste les habló en un lenguaje incomprendible y luego les mostró la espalda de un chiquillo, marcada por las cicatrices de unos latigazos de los que llegaron antes que ellos. Remó una gran tensión hasta que Ben, entregándoles las pistolas, les enseñó, a su vez, su espalda con las huellas dejadas por la lea de sir Arthur. Y, desde aquel instante, fueron considerados como hermanos de los indígenas, devolviéndoles las pistolas en señal de confianza en ellos.

* * *

Poco a poco Caleb y Ben fueron reuniendo las apreciadas perlas. El único punto flaco de su plan era la posibilidad de que un barco se acercara a tierra, pero pronto Ben se olvidó de esto, seducido por la belleza de una nativa, a quien bautizó con el nombre de Eva.

El amor que Eva le demostraba llegó a cansarle, sobre todo cuando la idea de regresar a su patria se le antojó imposible, después de que los únicos vestigios de civilización que llegaron a ellos fueron los restos de un barco, empujados por las olas.

El instinto de Eva adivinó que había una mujer en la vida de Ben, debido a su nostalgia, y aumentó sus demostraciones de amor hasta el punto de que Ben se olvidó de sus propósitos, introduciendo todas las mejoras posibles entre los isleños, los cuales llegaron a considerarle como un semidiós.

En cuanto sonó un cañonazo, avisando la llegada de un barco holandés, todo el pasado se desplomó sobre Ben, reanunciando su deseo de retornar a Inglaterra. Y con inmensa sorpresa, antes de partir, supo que Caleb no le acompañaría y que le entregaba su parte de perlas, ya que no se podía

alejarse de la isla, por haber encontrado en ella la paz anhelada.

Durante todo el día luchó Ben entre su amor a Eva y el afecto de los isleños y sus anhelos de marchar. Vencieron estos últimos, y a la puesta de sol abrazaba por última vez a la joven, mientras los cantos melancólicos de los indígenas resonaban dándole el adiós.

* * *

El célebre e influyente abogado y bolsista Pratt, a cuyo despacho acudían los más influyentes personajes en busca de recomendación, fué sorprendido por la petición de audiencia de un joven marinero, quien la solicitaba... con una perla.

Cuando Benjamín Blake, al que una barba cerrada había permitido deambular por la ciudad sin el menor percance, vació uno de sus saquitos sobre la mesa del abogado, éste se dignó concederle cinco minutos de su precioso tiempo y su atención.

—¿Conocéis a sir Arthur Blake, de Breetholm en Wiltshire?

Así empezó a exponer sus deseos. El abogado le escuchó con los ojos abiertos, tomando notas de vez en cuando, y resumió la situación, diciendo:

—Queréis ver confirmados derechos de herencia sobre las que no poseéis justificación legal y obtener perdón por una ofensa castigada por la horca.

Así era. El abogado meneó la cabeza y sólo el contacto de las perlas le decidió a citar para el mes siguiente a Ben, prometiéndole hacer lo posible. Después, sobre las perlas, le dió las mil libras que necesitaba para pagar deudas y rescatar a su abuelo de la cárcel.

Gracias a la influencia del dinero, consiguió penetrar en la cárcel de Bristol. Nadie hubiera conocido en el fuerte, bronceado y elegante joven, que se movía con soltura, al ben Blake de antaño. Y hasta el mismo armero no le reconoció y habló con él durante unos minutos de las pistolas que construía.

—¿Resistiréis una emoción... una sorpresa? — preguntó, por último, al vacilante anciano.

Y a renglón seguido se dio a conocer, conteniendo su exclamación de júbilo y su cariñoso ademán. Después, explicándole la situación de sus asuntos, le puso al lado, prouvementemente, el dinero necesario para que el anciano recobrar su libertad en un momento determinado y se separó de él, evitando que su emoción se trasluciera.

Ben, aquella misma noche, aprovechándose de la seguridad, cabalgó hasta Breetholm. Durante un segundo se detuvo, después de sujetar el caballo en la verja, ante aquella puerta que tantos recuerdos encerraba para él y por la que había suspirado tanto. Por fin llegaba el momento de poder abrirla...

Cuando una sombra cruzó el ancho parque y, pegándose a la pared, contempló a través de una ventana a su tío y a sus amigos conversando y riéndose satíricamente. Él no podía haber muerto; no se le veía por ninguna parte.

Entró en la casa y pasó un momento de apuro por la presencia de un criado, antes de que éste cerrara la puerta de la sala, y avanzó hacia la escalera que conducía a las habitaciones superiores. Franqueó la entrada del cuarto de Isabel, que se estaba arreglando para acostarse, y la contempló.

—Aquí hay alguien a quien quisiera verte— anunció.

Isabel se volvió rápidamente y cayó en sus brazos. Du-

rante unos momentos reinó un silencio que compensaba a Ben la ausencia. Isabel había cambiado, parecía otra: pálida, serena, mirándole con ojos extraños. Con un grito de placer recibió el magnífico collar de perlas que Ben había cosechado para ella.

—He vuelto con una gran fortuna. Ahora podré pedir lo que es mío. ¿Y tú, olvidaste tu promesa?

—Nunca, ni por un momento.

Sonaron unos pasos en la escalera. Era sir Arthur que subía a sus habitaciones, imponiéndoles la separación. Ben abrió una ventana y miró con amor a la joven, que preguntó:

—¿Dónde te hospedas? Supón que pasa algo y te necesito.

—Estoy en George y Crown, en Bristol. Con el nombre de capitán Silas Jones—la informó antes de deslizarse por el muro.

Pero no contaba con que horas después, no muchas, su casa se vería rodeada de guardias que, repartiéndose estratégicamente por los contornos, obedecían las órdenes que les daban desde el interior de un coche. Uno de ellos subió por la escalera principal a detenerle.

Ahora bien, el instinto agudizado de Ben le advirtió de que ocurría algo anormal. Se acercó, pues, a la ventana que daba a la calle y apagó rápidamente una vela. Había visto un coche sospechoso. Corrió a otra ventana y ya no le quedaba ninguna duda de que se tramaba algo contra él. En previsión, apoyó una mesa contra la puerta y ofreció débil resistencia al guardia, cesando súbitamente, de modo que aquel cayó, así como un compañero, al resbalar la mesa...

Saltó por una ventana sobre el guardia que estaba apostado junto al coche, y dejó sin sentido al cochero, apode-

rándose de las riendas. Pero una voz heló la sangre en sus venas... una voz muy conocida y odiada.

—Levanta las manos y no te muevas—avisó sir Arthur, apuntándole con una pistola.

* * *

Fue detenido y encarcelado.

Pasados unos días, antes de decidir el Tribunal su suerte, su abuelo obtuvo permiso para comunicarle que su abogado, Pratt, negaba conocerle en rotundo, que nunca se había entrevistado con él.

—Sí, debí haberlo supuesto. Fue bastante necio al poner mi confianza en él.

Así, cuando apareció ante el Tribunal y éste le permitió hablar antes de escuchar el fallo, reconoció que era autor del crimen de haberse rebelado contra sir Arthur, que se le imputaba y, escandalizando a los nobles que asistían al juicio, expresó su esperanza de que la Justicia algún día no protegería, a causa de su rango, a hombres, a criminales como sir Arthur.

Dicho lo cual, el juez se cubrió con su birrete y anunció, levantándose:

—Por el crimen, del cual está convicto y confeso, la sentencia de este Tribunal es...

—Milord... —interrumpió un hombre—, ¿puedo suplicar la indulgencia del Tribunal?

Era Bartholomew Pratt, que cruzó la sala, vistió su toga y peluca, sin hacer caso de las protestas del abogado acusador, a quien apoyaba el parecer de la aristocracia.

—El Tribunal ha encontrado ya culpable al acusado.

—Habrá que demostrar, en primer lugar, que en realidad ha existido tal crimen—contestó Pratt—. Y debo manifestar que nunca ha habido tal crimen. Nunca ha existido sir

Arthur Blake, barón de Breetholm, ya que el hombre acusado de haber cometido dicho crimen es, y lo era en el momento de la alegada ofensa, el propio sir Benjamín Blake, barón de Breetholm.

Mientras Pratt presentaba las declaraciones juradas y el diario del barco, que probaba la firmeza de su aserto y el matrimonio de Godfrey y Bessie en alta mar, se promovió un escándalo de protestas y vitores de unos y otros, aprovechado por Arthur Blake para escabullirse de la tormenta que se avecinaba.

A una de caballo llegó a Breetholm, descabalgó de un salto y volvió recularse arriba para anunciar a su hija la ruina de los dos. Pero Isabel, que no era menos maligna y calculadora que su padre, le anunció que ella no lo estaba, puesto que Ben la había pedido por esposa.

—Aun tengo alguna posibilidad—gruñó su padre—. Sí, como padre de la novia debo ser persuadido para que dé mi bendición a tan brillante matrimonio.

So hija se echó a reír despectivamente, manifestando que Ben nunca le aceptaría. Pero sir Arthur fué cruel con ella, pues tranquilamente afirmó:

—¿Qué diría Ben si por casualidad llegase a averiguar quién me dijo que lo encontraría en George y Crown la noche que fué detenido?

—¿Diría que mentirías!

Pero jamás lo haría Ben, por la sencilla razón de que desde la puerta había escuchado al abismo de maldad del hombre y de la mujer, que fingiendo amarle se había aprovechado de su pasión para delatarle, y que no habiendo logrado ven-

cer, sin escrúpulos se usía de él para satisfacer su egoísmo. La apartó de sí con un gesto de desprecio y cerró la puerta, diciendo a sir Arthur:

—Algún tiempo atrás me interesasteis por mi educación; puede que queráis completarla.

Momentos después cambiaban los golpes que la ira, la envidia y la venganza hacían más terribles. A pesar de su frágil aspecto en comparación con el de su contrincante, Ben era tan fuerte como él y tan diestro. Pronto se percató de ello sir Arthur al caer casi sin sentido al suelo.

Ben se disponía a salir, cuando un objeto se estrelló a escasos centímetros de su cabeza. Viendo que sir Arthur se había incorporado y que volvía a la carga, poniendo en peligro su existencia, sus brazos tomaron el vigor de aríetes de hierro... Rodaron por el suelo, cambiando feroces puñetazos, hasta que, finalmente, el joven le dejó casi sin vida de un golpe en la mandíbula.

* * *

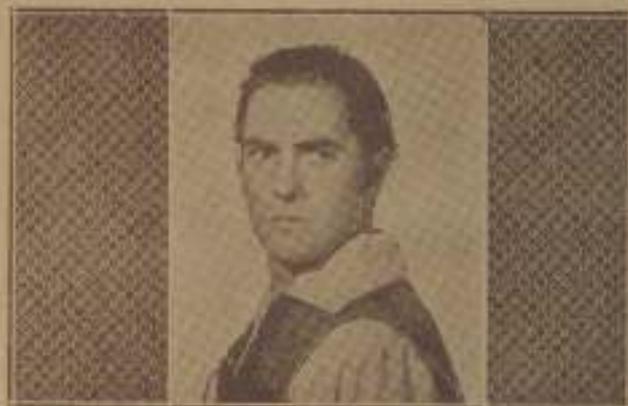
Vencido sir Arthur en todos los terrenos, la furia de Ben quedó satisfecha y odiando la codicia y la envidia, repartió, por manos de Pratt, entre su noble abuelo, sus amigos y servidores, la heredad, mientras él regresaba a la isla de ensueño.

La acogida de Caleb y de los indígenas le emocionó profundamente, pero no reparó mucho en ella, puesto que el indio del jefe le había señalado la playa por donde pasaba Evz. Poco más tarde la estrechaba entre sus brazos, en los que había de encontrar paz para el resto de su vida.

F I N



Ben, cuando ya de su origen, determinó regresar a Eretz-ha...



...Pasaron los años...



...Enahel, se volvió por su negocio y variada apertura...



...le escuchó hasta que Ben le declaró su amor...



Poco después recibía en pleno rostro un torzón de sir Arthur.



...le que recordó la lección de la venganza en su pecho.



Sir Arthur.



Isabel.



...comunicó a Isabel sus propósitos de marcharse...



...su tío le enseñó truculencia...



...seguí un tiempo y le enseñé innumerables veces...



...y me acobardé hasta que lo obligaron.



Elvira, la esposa de sir Arthur, le busca la capella...



*—Cinco minutos más en el portal de Bristol,
le descubriría cuál es su padre.*



...una pobre mujer, apiadada por su palidez...



...y por su parte de Osbourne, lo recordó...



—He visto á un abuelo en la cárcel.



Una noche, un marinero llamado José Grey.



...el más de la tripulación se levantó, cambiando de rumbo.



...desde Sudefco había unas salas que marchaban una fortuna...



...los dos se arrojaron al agua...



...estaban exhaustos...



...buscando agua al jete...



...arrojó, a su vez, su espada con las huellas
dejadas por la ira de art. Arthur...



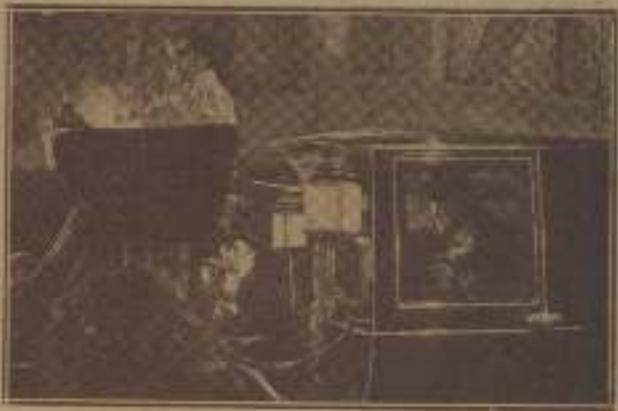
...¿o la puerta de sol abierta por última vez a la joven...



—¿Realizáis una emoción, una sorpresa?



—Ha venido con una gran fortuna.



—Levanta las manos y no te muevas.



A pesar de su fealdad aparente, Ben era tan dulce como un Azúcar...



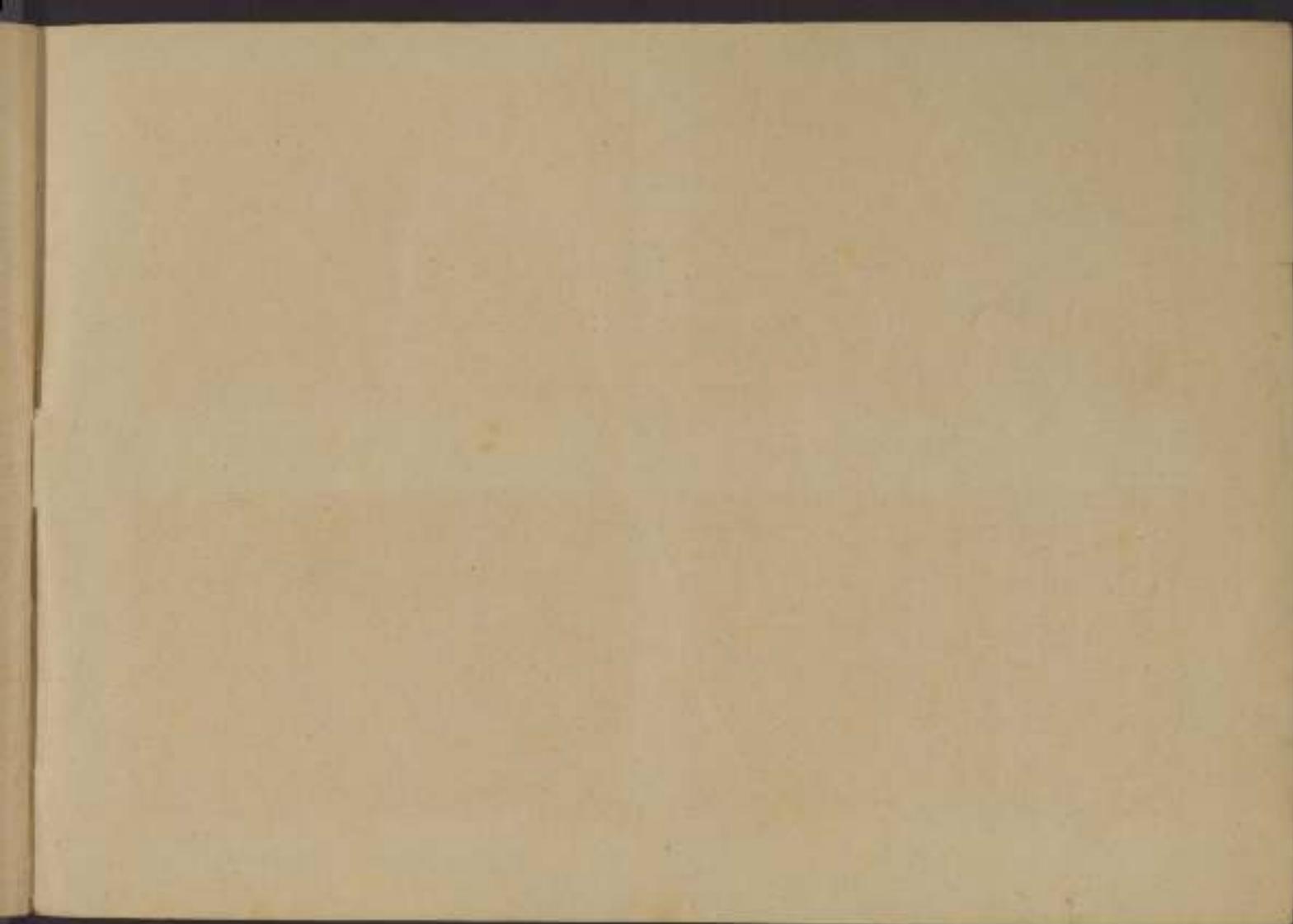
...le dejó así sin vida...



...regresaba a la vida de nuevo.



...y entró en los brazos de Eve, para el resto de su vida.





Cubierta T. G. J. SOLER

Presidencia, 40 - Barrioña

Impresión
"PELICOLA GRAFICA"